

Piernas, Cintura y Arrastre



"Death so confident, a lifetime handicaps"
Tango Uno (2005)

El Reta y Ercilia siguen la polvareda y van bien. De susto en goce. Como el Gauchito Gil. El Reta se concentra en los diez metros que separan las motos. Es el espacio en el que aparecerá lo que tenga que sortearse con fortuna o despatarrar el intento; lo que causaría el desequilibrio inesperado, compensable, imposible. Si ocurriera, en un instante, el trío de cuerpos en movimiento dejaría de comportarse como un conjunto con voluntad compartida y se daría el desarme, la desarticulación: un chisporroteo de trayectorias e inercias en repentino desacuerdo buscando de oído un reacomodo de las piezas, algún atajo que los rejunte dispersando la energía del movimiento con el menor despilfarro.

Fricción de ficciones. Ruptura de cristales reacios. Corrida de vectores. Desgarres de tejidos ocultos. Calor en flujo. Algo se quema. Algo se enfría. Cambios que tocan cuerpo, raspan, cortan y casi siempre dejan marcas como recuerdo cariñoso de la energética visita. Un raspón más en los signos que podrían desc-

Orquesta Astillero
Seis por Cuatro
Hans Speekenbrink
(Utrecht 2008)



frar las antropólogas forenses. Ellas, porque son ellas mayoría en el oficio de verdades, milagros y descanso. Personas que hay que amar aunque no quieran que lo hagas, darles todo el amor que la tristeza te deje arrancar del vientre. Sólo ellas podrían leer con fascinación o aburrimiento la versión de un golpe así en el desierto de los cuerpos de dos parejas, desaparecidos sin nombre en una franquicia desértica de falsos positivos.

Cuando se toma el ritmo y las glándulas trabajan como deben, la percepción del tiempo y la distancia juega a las escondidas. Diez minutos o media hora. Un rato o una vida. Cinco kilómetros o media Guajira de trochas caracoleadas de arcilla y arena. La consistencia del suelo cambia de acuerdo al tránsito en cada trecho, según el lado en que la acomodó la brisa o la última tormenta, o por la presencia de una planta rastrea que dificulta momentáneamente trasladarse. La arena con arcilla y piedra suelta no deja ver sus intenciones hasta hacer cumplir su destino al viajero.

Para no caer, hay que avanzar, mantener el movimiento. No detenerse. Alimentar las ruedas para que sigan girando y el suelo no las envuelva y se las trague. Se trata de navegar sobre una membrana de terreno, una ilusión de firmeza, y pasar antes de que el peso rompa el reposo granular y todo cambie. Pasar sin despertar al vecindario mineral. Cuando la viscosidad seca frena el avance, se le da todo lo que la máquina pueda transmitir. La Africana se lo sabe de memoria. Avisa a su modo lo que se viene. Se inclina cuando debe. Pide cambios de peso. Pide fuerza. Es un baile entre tres. Hay, entre ellos, toques de mano, cintura, guiños que anuncian el siguiente desplazamiento.

Que no se ofendan los que saben de baile en serio. Salvando distancias, correr en la Africana con Ercilia flojita y pegada de-

trás es tan sensual como cruzar muslos en un tango apretado. El contacto, la resistencia, la entrega, la necesaria agresión, presencia firme entre las piernas. Metadatos de cópulas de soledad. Remolinos de viento en el destierro. El frote de todo contra todo. Con mucha química en flujo por todo conducto viable: no queda un solo órgano en reposo. Sexo. Dolor. Pánico. Sábanas de piel dejan pasar sin aduana. Respiración llena, rápida y sin pausa. Pupilas dilatadas para iluminar la persecución o el escape. Danza de firulete inesperado.

Pablo con Ingrid en la Freewind bailan bien. Despejan un tramo oscuro. Anuncian sin saber lo que están por pasar. Atrás, el Reta anticipa. Ercilia va tomando aliento. Acompaña al cuerpo que conduce flexionándose sobre los pedalines. El roce divino. Abrazada suavemente al torso. Las pantorrillas de ambos en contacto con el bastón de la juventud, asombrado por la aventura, trabajando a tiempo forzado. Mezcla de jugo de hormonas y pases de magia tehuelche.

Al salir de la curva, bordeando un médano, surge, de lado y arriba, la luna entre la polvareda. Manejando ciego. Guiándose por el ronquido y los pases de cambio del puntero, que conoce. Todos saben que pueden salir despedidos sin preaviso, pero el Reta, debajo del casco, ríe a carcajadas y grita como se grita en los vagoncitos de cualquier desquiciada montaña rusa. Un desplazamiento sin rieles. Coreografía espontánea improvisando ante lo que el camino propone. Exactamente como en la vida real. Improvisando ante lo que el camino impone.

La relación de la llanta delantera con la arena es simple. Se entienden y se acomodan. La relación caucho piedras es más complicada. Las piedras están en cualquier parte y son irregulares, no son adoquines tallados por presos, esclavos o emigrantes. Tienen aristas frescas. Las puntas a la buena de Dios. Se mueven al pisarlas. Se corren. Dan tumbos. Desconciertan. Vuelan hacia cualquier parte. O resultan estar bien calzadas y no ceden ni dejan pasar sin cobrar peaje.

Eso sucedió esa noche con la Africana, Ercilia y el Reta. Dos

Milongueros
Ocho Tacos
Neil Liveakos (2006)





*The Sopranos are
Coming to Town!
Semana Santa
Alangasi, Ecuador
G. Lofredo
(2009)*

piedras les armaron una emboscada trivial. La primera, des-
centrada por la izquierda, desvió la rueda un dedo hacia la
derecha y una cuarta más adelante, la otra lo hizo en sentido
contrario. Trivial.

*Una piedra en el camino
me enseñó que mi destino
era rodar y rodar...
No tengo trono ni reina,
ni nadie que me comprenda...*

Los dos toques recorren todo el chasis y piden a los cuerpos
una respuesta leve pero más rápida de lo que pueden entre-
gar. Todo es un instante. Se atraviesa la delantera. La moto
se recuesta y derrapa. El Reta saca la pierna derecha para en-
derezarla y no lo logra. La fuerza pasa del suelo, por el tobillo,
huesos, rodilla, cabeza de fémur, y por la cadera hasta el cue-
llo. Músculo y tendones responden como pueden.

26. Piernas, Cintura y Arrastre

*Se encojó, se encojó. Se
encojó mi caballito.*

Hay fibras que ceden, te-
jidos bien irrigados que se
desalinean como un des-
file bisoño sorprendido
en el desacuerdo. Carrera
mar, cuerpo a tierra.

*Esta Africana donde
tengo el alma mía. Este
canto de hierro donde
tengo la vida mía.*

El impacto desmonta
a Ercilia y la hace caer
varios metros delante y
a un costado, sobre un
cúmulo de arena floja
que acolchona el golpe y
al principio no lastima.
El motor se acelera, gira
sin resistencia. Músculo,
huesos y articulaciones

que no están en su mejor momento aguantan lo que pueden,
pero no salen a tiempo del paso. La Africana se apoya y detiene.
No está golpeada. Se siente mal por no evitar lo sucedido. Pide
calladas disculpas. Ercilia se pone de pie y se quita el casco.
Los guantes y el cuero ayudaron. Raspados, polvo y líneas de
rojo. El rostro en máscara de ruta.

Aquí tengo mi corazón y parte de mi alegría.

A veces es fácil salirse de abajo de la Africana acostada de lado
y acomodarse para levantarla. Esta vez hubiera sido imposible
sin Ercilia. El Reta le indica cómo ubicarse para empujar. En
cuchillas hacia el frente. Palanqueando con el manubrio y con
una fuerza asombrosa, le quita lo peor del peso a la pierna y el
Reta se escurre de espalda, apoyándose en los codos. Como lo
haría un reptil si tuviera codos, una moto encima y una hem-
bra como Ercilia haciéndole desear seguir vivo y pararse con
dignidad.



Piernas para
Todos C. Rozo/
TangoNegro/
G. Lofredo (2008)

Chorra gasolina sobre la arena. Entre los dos la paran y apoyan contra una piedra. El Reta mira sin levantarse, tratando de evaluar el daño. Difícil saberlo en la oscuridad y bastante desorientado por el golpe. Un espejo torcido pero no roto. Cuando no se rompe el espejo, todo se arregla. Pedal desplazado. Carenado rajado. Ruedas enteras. Calcomanías raspadas.

La gente de cuatro ruedas suele no entender por qué lo primero que hace un motociclista accidentado y aún vivo es fijarse bien en qué daños sufrió su máquina compañera.

Galopó mi caballito, ya brincó mi caballito. Se enhieló y se agachó. Se agachó como un sapito...

Nadie sabe por qué es así, pero así es. Primero se fija en la moto, o por lo menos piensa en ella. Luego se tira al suelo, se desmaya o se muere. Pero eso es otra historia. Siente humedad en las piernas y en el lado derecho del tórax. ¿Sudor, gasolina, sangre, orín?

Oye un rumor de acordeones. No pueden estar muy lejos. Quizás están de fiesta en alguna rancharía. No se engaña: son dos los payadores que se turnan en el juego. Los oye ahora porque, con los motores apagados, se aprecia mejor el sabor fresco del silencio.

Pablo le hace tragar alcohol fuerte y amargo. Le estira hacia atrás el pescuezo para que no lo escupa ni vomite.

Escalas, acordes, saltos y lamentos. Son dos acordeonistas que se turnan para tocar. Todos parecen divertirse aunque por momentos al Reta le suena que la disputa musical podría no ser fingida, que podrían competir por algo serio: el amor, la muerte, la casualidad. Los acordeones le recuerdan lo que le contaron en un paradero bailable, pasando Santa Marta, ya de madrugada. Gente sería que terminaba un encuentro de melómanos del acordeón contándose nuevos detalles del encuentro de Francisco Moscote con Mefistos, siempre armando la perfecta

orquesta típica. La genial colección de amoral talento vallenato. Lo que decía un experto con los tragos puestos es que Paquito el Man... Francisco el Hombre, hágame el favor y con el debido respeto, faltaba más. Paco, entonces, ahora trabaja de asistente de recursos humanos de El Cerrejón, y los fines de semana da clases de música a los niños del orfanato de las Hermanitas de la Caridad de Uribia.

Aparicio Retaguardia supo por primera vez de Francisco el Hombre mientras tomaba un vino y atendía el asado de unos corderos en la ciudad de Las Heras, muy al Sur, en la Patagonia.

Conversaba con Don Gil Nuñez, un viajero motociclista veterano que venía desde San Ignacio, en la provincia de Misiones, cerca de las cataratas del Iguazú en tierra guaraní. En Las Heras había también un viajero alemán que venía de Berlín y decía ser de la Baader Meinhoff y estar en misión de rescatar a unos camaradas anarquistas de una cárcel helada en Tierra del Fuego, más allá de Ushuaia, por donde el viento ya no se siente.

Gil Nuñez es un hombre conocido como el Gauchito Gil y al alemán los amigos le decían el Doiche. El Gauchito viajaba en una BSA que un inglés del Paraguay le había dado por salvarle la vida en un secuestro complicado. El Doiche iba en su Boxer guerrera de un solo asiento con resortes, vieja, negra y precisa, como el discurso riguroso del conductor.

En Las Heras todos los años se junta gente que viaja en moto y no sabe hacerlo de otro modo. Es un sitio donde el viento sopla tanto y tan fuerte que la gente que llega allí suele olvidar casi todo. Traen sus datos anotados y algo que les recuerde hacia

¿Por qué será que hay tantos niños sin casa ni padres en La Guajira? Eso preguntaría Mafalda mientras le toma la temperatura a su demacrado globo terráqueo: ¡Tiene una guerra que vuela! Guerra. Destierros. Desplazamientos sin retorno. Tierras sin título. Y a los abuelos a cargo también se les acaba el tiempo extra. Calambres que les retuercen los huesos. ¿Pero por qué tantos en La Guajira? ¿Se estará más fresco en los orfanatos? ¡Mafalda: vos siempre con esas preguntas! ¿Ya terminaste los deberes? ¿Por qué será que los grandes cuando no saben algo mandan a los chicos a hacer los deberes?





*Piernas
Michael Von
Bergen (2008)*

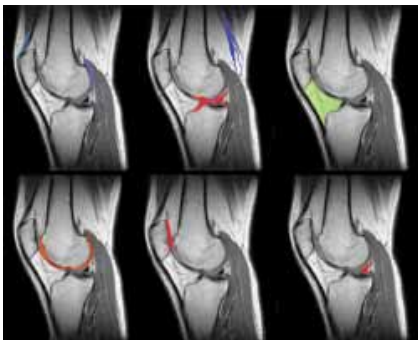
dónde iban de paso. Los que viven en Las Heras juran que allí nacieron. En Las Heras se vive del gas natural, del viento y del cuento. En las afueras hay un cementerio de motocicletas que poca gente conoce. El trabajo es brutal. Los hombres son como soldados veteranos de todas las guerras. Cada día dan todo en otra última batalla.

Cuando Aparicio dijo que iba hacia La Guajira y que pensaba seguir a Maracaibo, el Gauchito Gil le habló con mucho respeto sobre Francisco Moscote, el Hombre, como le decía él.

Contaba el Gauchito Gil que Francisco el Hombre era un guajiro nato y que su fama se extendía por todo el Caribe luego de un incidente en que conoció y tuvo que enfrentarse con su canto y su acordeón a Mefistos, en una contienda de coplas y rapsodias que se conocen y cuentan aún hoy en todos los pueblos de la región.

El Gauchito Gil fue quien le recomendó al Reta que buscara al Hombre por Machobayo, un lugar no muy alejado de Riohacha. Considerando que entre Las Heras y Riohacha hay unos 15.000 kilómetros de caminos, y decenas de miles de iglesias, templos, secretarías y ministerios, Machobayo —donde el Hombre tiene su casa— está a sólo un paso de donde las dos piedras emboscaron al Reta con Ercilia en la Africana esa noche de luna grande en La Guajira, dos o tres años después.

*"La muerte tan
segura nos da una
vida de ventaja"
G. Lofredo (2009)*



Durante aquél encuentro en Las Heras se disfrutó del cordero estaqueado y los tintos del fin del mundo. Se habló mucho de Satanás, de Mefisto, del Ángel Espía; y el Doiche amaneció muerto. Dijeron que se suicidó colgándose de un álamo porque esa noche recobró repentinamente la memoria y no pudo soportarlo.

Con estos antecedentes aspiramos a que se aclare, en parte, el sentido que pueda merecer la conversación entre acordeoneros que el Reta escucha mientras Pablo le ayuda a recuperarse de la caída y el golpe con esos tragos de alcohol verde, fuerte, un poco amargo y luminoso.

El Gauchito Gil es una figura de devoción popular en el Sur de América. Dicen que Antonio Mamerto Gil Núñez era un ladrón de ganado de gran generosidad con los pobres; que fue capturado y enviado a combatir contra el Paraguay en la Guerra de la Triple Alianza. Gil se rehusó a matar hermanos Guaraníes, desertó, fue perseguido y capturado. Ordenaron fusilarlo ante el pueblo para escarmiento de quienes resistían la guerra.

Cuando estaban por dispararle el Gauchito Gil dijo al verdugo: "No me mates. Hoy llega la carta de mi inocencia". El comisario respondió: "Yo no te mato pero igual no te salvarás". Gil dijo: "Por la carta sabrás que tu hijo se muere. Cuando lo veas rezá en mi nombre y sanará".

En su casa el comisario encontró al hijo cubierto de pústulas y en agonía. Rezó en nombre de Gil y el hijo se curó. El Gauchito Gil logró escapar y no fue fusilado. Desde entonces recorre el Sur de América ayudando a los pobres y enfermos, y protegiendo a fugitivos y viajeros por los caminos del continente.



*Andromeda Strain with Earth's Broken Helmet.
Close up to South America along Andes shows
route from Las Heras, Patagonia Argentina to
Maicao, Colombia: 15.000 KMS
G. Lofredo (2009)*



*Gratitud al
Gauchito Gil
Provincia de Tierra
del Fuego e Islas
del Atlántico Sur
Argentina
G. Lofredo (2006)*